

ORACIÓN DE LA MAÑANA

En el **Desierto y silencio** que siguió al misterio de la Cruz, oremos y contemplemos dicho misterio a la manera de Santo Domingo, con su cuarto modo de orar.

¿Cómo poner en práctica la oración de Santo Domingo?

Orar con el cuerpo. Es el camino que se nos propone. Un maestro: Cristo y su Espíritu Santo. Un discípulo: Santo Domingo. Una pedagogía: sus modos de orar. Algo específico: el cuerpo en sus componentes físicos y espirituales.

Antes de las indicaciones prácticas de este modo de orar, tengamos presentes las implicaciones de este recorrido. No se trata de aprender unos gestos, una técnica, o de hacer un ejercicio, sino más bien de **“entrar en uno mismo”**.

Los peligros que nos acechan en este camino hacia la interioridad son numerosos. Es fácil, en efecto, distraerse, dispersarse, aunque sólo fueran palabras y miradas de las personas que nos rodean. De ahí que sea necesario preguntarse

¿Cómo encontrar el camino de la interioridad?

La vida de Dios podrá desplegarse en nosotros a partir del corazón. Se necesita una gran determinación, una opción verdadera y profunda. La oración pone a nuestra alma entera en estado de recibir y de ser formada por las manos de Dios. Es el medio por el que nos hacemos disponibles y abrimos nuestro corazón.

Santo Domingo fijaba el rostro en el crucifijo, lo miraba con suma atención doblando las rodillas una y otra vez y en ocasiones incluso desde que acababan las completas hasta la media noche. Se levantaba y se arrodillaba, como el apóstol Santiago y el leproso del evangelio, que de rodillas gritaba: *“Señor, si quieres, puedes limpiarme”* (Mc 1, 40); y como Esteban, postrado de hinojos en tierra y clamando con voz potente: *“Señor, no les tengas en cuenta este pecado”* (Hch 7, 59).

Mt 6, 25-34

"«Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. **¿No valéis vosotros más que ellas?** Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos?

Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, **¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?**

No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. **Cada día tiene bastante con su propio afán.**"

Silencio

Revisémonos por dentro.

¿Valoras realmente lo que tienes?

¿Te das cuenta de lo que realmente importa y lo que no?

¿Cuánto tiempo pierdes enfadado por cosas que no puedes cambiar o que realmente no son “tan” importantes?

¿Has dado las gracias hoy?

¿Has dicho “te quiero” a alguien que quieres?

Gesto

Busca un crucifijo que tengas en tu casa, una imagen u objeto que lo identifiques con Jesús. Ponte de rodillas o de pie ante la cruz, como Santo Domingo, y deja que te invada una inmensa confianza en la misericordia de Dios

Puedes escuchar la canción de Álvaro Fraile, “Confía”, para buscar inspiración:
<https://www.youtube.com/watch?v=Zg-rfDZVdgg>

Acaba la oración con un Padrenuestro, sintiéndote parte de toda una Iglesia cristiana que reza unida con la misma oración que Jesús nos enseñó.

REFLEXIÓN DE LAS LECTURAS (por Fr. Félix Hernández, OP)

Esta es la noche de la Pascua. La noche es tiempo de oscuridad, cuando no se ve y hace frío, el momento en el que dormimos y no somos conscientes de lo que ocurre a nuestro alrededor o cuando sufrimos la pesadilla de nuestros temores más profundos, pero es también el ámbito de los sueños y la esperanza.

Para los primeros seguidores de Jesús aquella noche de Pascua era la más oscura: con la pérdida del maestro se habían roto su fe, sus ilusiones, sus vínculos... ¡lo habían perdido todo! Para nosotros, en esta Pascua de 2020, la noche también es especialmente dura y los sentimientos que nos despierta son parecidos: se nos agarra al corazón la pérdida de tantas vidas, la forma en la que han desaparecido nuestras seguridades, el no poder estar cerca de los que queremos, el miedo a la muerte que acecha al mundo entero, la impotencia, la incertidumbre de no saber qué pasará después...

Pero la oscuridad de esta noche, la de todas las noches se ha roto para siempre, en lo más profundo de la tiniebla humana brilla una luz que se va extendiendo y haciendo cada vez más potente, la luz de un Dios que no nos suelta de su mano y que siempre está a nuestro lado.

Las lecturas de esta noche han ido recorriendo toda la historia de la salvación y nos muestran como el proyecto de Dios, su sueño para nosotros, se ha ido abriendo camino a lo largo de los siglos. Son una invitación para que cada uno relea también su propia historia y descubra cómo Dios se ha ido haciendo cada vez más presente en nuestra vida, las maravillas que ha hecho por nosotros.

Tomar conciencia de ello, de dónde como cuando y con quién ha brillado Dios en mí existir, es lo que nos abre los ojos a la presencia resucitada de Jesucristo junto a mí, a la luz de su amor y evidencia el modo misterioso en el que Él desintegra todas nuestras muertes.

Ser testigos del resucitado, el ver y creer, no nos evita el conflicto o las heridas; no nos transporta al país de las maravillas ni nos hace más altos ni guapos; por el contrario, supone un envío a los hermanos, nos conduce siempre a la tierra, a la nuestra, a la de siempre... la diferencia es que ya nada es como antes; ahora lo vemos todo desde el triunfo de la luz... todo ha sido profundamente transformado y ¡puede encontrarse uno con la VIDA en realidad! conscientes de que el amor de Dios siempre es lo más grande y lo más fuerte.

Cuando amanece y brilla el Sol, la tierra es la misma que cuando estaba sumida en las sombras, los mismos árboles, las mismas ciudades y paisajes, pero ¡que diferentes se ven inundados de luz y color! De la misma manera, la Pascua nos ofrece una perspectiva nueva y mucho más amplia de nosotros mismos y de todo lo que nos rodea. Se nos invita a “volver a Galilea”, a regresar al principio, cuando todo comenzó para volver a vivirlo, pero de un modo completamente nuevo.

No podemos aislarnos de los acontecimientos, los dolores o la negrura de la vida, sino que se nos ofrece el contemplarlos desde un “más allá” que tenga en cuenta el pasado (todo lo disfrutado y crecido) y lo que está por llegar; un futuro que, en Dios, podemos esperar sin miedo porque sabemos que nos traerá el triunfo sobre todo lo que nos amenaza, el encuentro con todos los que se fueron, una eternidad de plenitud y humanidad.

Es una visión que se fundamenta en la confianza de que nuestro destino es también la resurrección de Jesús, sí, pero que transforma también y por completo el ahora, el “mientras tanto” en el que estamos caminando por esta tierra. Porque la alegría que nos aguarda en el destino es la que nos impulsa a continuar el viaje: a salvar los obstáculos, a seguir luchando y amando, a no detenernos ni desesperar en los atascos. El fin que esperamos llena de luz todo aquello que –bueno o malo- configura el camino que nos conduce hasta allí.

¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!